

la colonia, fue un desastre político. Ningun recuerdo, ningun empeño quedaba ya que ligase á uno solo de los individuos de la casta negra con la metropoli, y nos hallabámos enfrente de una poblacion poderosa animada por la mayor exaltacion.

M. Daure, ordenador en gefe de la colonia, que, desde la muerte de Benezech, hacia las veces de prefecto colonial, ejercia interinamente los poderes de capitán general hasta la llegada del general Rochambeau, que se hallaba á la sazón en el puerto del Príncipe. El general negro Laplume, que mandaba en la parte del Sur, fue el solo entre los de su casta que no faltó á su juramento. El mulato Lamartiniere, el mismo que defendió con tanto valor contra nosotros el puesto de la Crete-à-Pierrot, se mantuvo asimismo fiel á la bandera francesa y pereció á manos de sus soldados, por haber querido impedir que se reuniesen á los insurgentes.

El ejército, en el espacio de nueve meses, habia perdido el general en gefe y doce oficiales superiores, entre ellos los generales de division Dugua, Hardy y Debelle: los generales de brigada Pambour, Tholosé, San Martin, Ledoyen, Dampierre, Desplanges, Meyer,

Wonderweit, Jablonowsky; mil y quinientos oficiales, setecientos y cincuenta médicos ó cirujanos, veinte y cinco mil soldados, ocho mil marineros, dos mil empleados civiles y tres mil blancos venidos de Francia. De esta multitud de víctimas, cinco mil solamente perecieron por los lances de la guerra; la fiebre amarilla arrebató á todos los otros. Cuando murió el general Leclerc, quedaban unos nueve mil y quinientos hombres, y de éstos, siete mil estaban en los hospitales. La totalidad de las tropas, desembarcadas en Santo Domingo hasta aquella época, ascendia á treinta y cuatro mil hombres. Los estados del ejército que fueron traídos á Francia eran unos verdaderos registros funerales. Sobre cincuenta mil individuos de la casta blanca, que habian venido á Santo Domingo, sobrevivian entonces dos mil y quinientos válidos, y siete mil enfermos, cuyas dos terceras partes murieron. Las nueve décimas partes de la poblacion francesa perecieron en Santo Domingo. No hay ejemplar en la historia moderna de una destruccion tan grande en razon del tiempo y del número. En cuanto al número de colonos degollados por los negros, no puede calcularse!



El general Rochambeau, al tomar posesion del mando, tuvo que sostener un ataque de los insurgentes que se apoderaron de las montañas que rodean al Cabo; pero una bateria que mandó colocar sobre una habitacion situada en lo alto los hizo retroceder. Este suceso le inspiró la mala idea de seguir una marcha diferente de la de su antecesor: en lugar de concentrarse en el recinto del Cabo, cuya posicion era mas adecuada para una defensa militar, quiso apoderarse del fuerte Delfin, y del puerto de la Paz. El general Clausel fue encargado de la empresa que tuvo un feliz éxito. Leclerc se habia esmerado en tratar constantemente con distincion á la casta mulata, natural aliada nuestra, por los motivos de parentesco, de inteligencia, de valor y de ódio á la casta negra. Rochambeau la persiguió. Varios valientes oficiales de este color, que formaba la mayoría en la parte del Sur, fueron proscriptos, entre ellos el comandante Bardet, que libertó á los blancos del puerto del Príncipe de una muerte segura, cuando entregó el fuerte Bizoton al general Boudet. Desde aquel momento, un lazo de venganza encarnizada unió á los negros y mulatos; estos últimos se

señalaron con las horrosas represalias que cometieron para vengar á sus gefes barbaramente inmolados.

Rochambeau, ademas de sus crueldades, cometió una falta de mucha gravedad. Traslado el gobierno al puerto del Príncipe, y dejó el general Clausel con una corta guarnicion para defender el Cabo. Pronto un nuevo enemigo, temible apoyo de los negros, la Gran Bretaña, unió sus fuerzas á los rebeldes. El tratado de Amiens iba á ser quebrantado. Desde luego la insurreccion general, con los auxilios que recibió de los Ingleses en armas y municiones, dió una nueva actividad á sus operaciones ofensivas, de suerte que, en pocos dias, todos los puertos del Oeste y del Sur cayeron en manos de los insurgentes. El general Laplume se mantuvo fiel hasta el último momento; pero desde que los mulatos se hallaban proscriptos, los hombres de este color se juntaban en el Sur, bajo las órdenes de un nuevo gefe llamado Ferou, que combinó con los generales negros los medios de echar á los Franceses. El general Laplume, no pudiendo resistir á tantas fuerzas conjuradas, tuvo que refugiarse al puerto del Príncipe, y desde allí



salió para España, donde murió. Luego que el Sur quedó ocupado por el enemigo, las subsistencias faltaron enteramente en la ciudad y el hambre con todos sus horrores acabó de aniquilar á aquel infeliz pueblo del Oeste, el único punto en donde los Franceses se mantuviesen todavía, aunque en vísperas de verse atacados por los ejércitos reunidos de los negros y de los mulatos. Pero el general Rochambeau recibió de Francia la orden imperativa de volver al Cabo y de establecer allí el gobierno. Llegó á esa plaza, el 24 de junio de 1803, en donde se halló bloqueado por un crucero ingles, que igualmente cerraba los puertos del puerto del Príncipe y de las Cayas. Las guarniciones francesas, esparcidas sobre las costas del Sur y del Oeste, trataron con los Ingleses ó con los negros, y con preferencia con éstos que imponian condiciones menos duras. El general Lavalette, que se habia quedado en el puerto del Príncipe para la evacuacion, capituló con Dessalines; pero todos los navíos que habian servido de refugio á la poblacion blanca de la ciudad, fueron saqueados por los Ingleses que violaban un convenio firmado por sus nuevos aliados. El general

Brunet entregó las Cayas á los Ingleses. San Marcos se rindió, y Jeremias fue abandonado por el general Frecinet. La metrópoli no poseia otros puntos que el Cabo y el Muelle, cuando, el 18, un ejército de diez y ocho mil hombres, sostenido por el bloqueo de una escuadra inglesa, puso el sitio al Cabo. Los notables de la ciudad suplicaron al general en jefe para que tratase con la escuadra; pero las proposiciones del Comodoro ingles fueron tan exageradas que Rochambeau prefirió entenderse con el bárbaro Dessalines..... Este le concedió diez dias para retirarse; entretanto se desvanecieron las esperanzas concebidas por Rochambeau de escapar de los Ingleses con el favor del mal tiempo, y se vió precisado, al cabo de los diez dias, á entregarse á la escuadra inglesa, con la inmensa cantidad de buques que llevaban todos cuantos habian sobrevivido del ejército y de los blancos.

Con todo, una accion brillante honró la retirada del desgraciado ejército frances. El general Noailles, antiguo individuo de la asamblea constituyente, mandaba en el Muelle San Nicolas; queriendo irse sin capitulacion y evitar el negociar con los Ingleses, mandó embar-



car su guarnicion, y al paso del inmenso comboy del Cabo , se puso á la cola sin ser visto por el crucero enemigo. En llegando á corta distancia, dejó la escuadra con los siete navíos que le acompañaban y los condujo á un puerto de la isla de Cuba. Desde allí se dirigió, sobre un bergantin armado y guarnecido de tropas , á la Havana , donde esperaba encontrar al general Lavalette que acababa de perecer en la travesia de la Havana á Santo Domingo ; topó en el camino con una corbeta inglesa, de la que se apoderó; pero, habiendo sido herido gravemente en el combate, murió en la Havana , despues de haber conducido á aquel puerto á la corbeta inglesa, sobre la cual tremolaba el pabellon frances. Esta fué la última hazaña gloriosa en el gran naufragio de uno de los mas valientes ejércitos de la República.

FIN DEL LIBRO SEXTO.



